

sanchamiento de las vías, comenzado asimismo antes del año jubilar, tropezó con no pequeños estorbos; pero el Papa no se arredró por nada. En Enero de 1480 se comenzó por suprimir las tiendas de los forjadores de armas, establecidas en el puente de Sant-Angelo. «Los romanos se opusieron al principio á tales innovaciones, pero luego se acomodaron á lo que era para ellos un verdadero beneficio» (1). En Junio del mismo año se expidió el severo mandato de «quitar las construcciones sobrepuestas á las fachadas de las casas, en todas las calles más concurridas; de enlosar, por lo menos, las aceras; derribar en todo ó en parte los edificios salientes, reconstruir los caedizos, abrir nuevas plazas, ensanchar las que existían y hacerlas regulares». Acerca de la ejecución de todo esto debía velar el cardenal Estouteville (2), y por lo demás, el mismo Papa se cercioraba ocasionalmente del modo como eran cumplidas sus ordenaciones. La mudanza de los edificios fué tan grande, que, según escribe un contemporáneo, se podía creer ahora que se miraba una ciudad totalmente nueva (3).

En la ciudad leonina abrió el incansable Sixto IV una gran calle, la cual llevó al principio su nombre, y se extendía desde los fosos del castillo hasta la gran puerta del palacio pontificio (hoy Borgo S. Angelo) (4); con lo cual se añadió una tercera vía á las dos antiguas: la Vía de Cavalli, que seguía substancialmente la dirección del actual Borgo S. Spirito; y la Vía Santa, hoy Borgo Vecchio. Fué de grande importancia, para la parte de la Ciudad de la ribera derecha del Tíber, la construcción de aquel puente firme y sencillo que todavía ahora lleva el nombre del Papa Róvere (Ponte Sixto). Segismundo de' Conti dice expresamente, que por la favorable situación de este puente, la región hasta entonces casi totalmente deshabitada y sucia, del otro lado del Tíber,

(1) Gregorovius VII³, 631. Cf. Senarega 532. «En el día de hoy, dice Schmarsow 149, todos están de parte del enérgico Papa, quien procedió sin hacer ningún caso de estos obstáculos, dejando á los cronistas romanos de entonces que calificaran de tropelía su acción civilizadora.»

(2) Reumont III, 1, 404. Müntz III, 182. Marcellino da Civezza III, 92. Rodocanachi 199 s. P. Belloni, *La costituzione «Quae publice utilia...», intorno al decoro publ. e la città di Roma*, Roma 1870, 11.

(3) Senarega 532.

(4) Albertini 42. Adinolfi, *Portica* 51 y 218 s. Forcella XIII, 68, 78, 85. El poema en elogio de Sixto IV mencionado arriba p. 188 n. 1, encarece la construcción de la Vía Sixtina. Cod. 2403, f. 11 de la *Bibl. del Palacio de Viena*.

se convirtió en un barrio muy poblado (1). Aun personas eminentes edificaron allí sus moradas, y todavía en la actualidad, el Vicolo Riario, cerca del Palazzo Corsini, trae á la memoria una villa allí situada de aquella familia (2).

En el Vaticano hizo emprender Sixto IV, además de la Biblioteca, varios otros trabajos de restauración, y construir la capilla que lleva su nombre; se renovó toda la disposición interior del palacio, y se añadió un cuartel para los guardias pontificios. En San Pedro se restauró la techumbre, la capilla de Santa Petronila, y finalmente, la sacristía; también se erigió el tabernáculo de la Confesión, y una nueva capilla que sirviera de coro para el uso cotidiano de los canónigos. Perugino, jefe de la escuela de Umbría, pintó con frescos el ábside de esta capilla; pero, por desgracia, aquellas pinturas, lo propio que todo el ornato de la capilla, las sillas de taracea y el pavimento de mayólica, perecieron en la reconstrucción de San Pedro. Las esculturas del tabernáculo de mármol, construido probablemente para el año jubilar, que se elevaba sobre la Confesión del Príncipe de los Apóstoles, yacen actualmente hechas pedazos en las criptas del Vaticano (3).

Ya hemos hablado de la renovación de las iglesias, antes y durante el año jubilar (4); y mientras se hacían estas restauraciones, llevadas al cabo con grande aceleramiento, hallaba todavía Sixto IV tiempo para nuevas construcciones. Entre éstas hay que mencionar especialmente á Santa María del Pópulo, terminada en 1477, y Santa María della Pace, ambas venerables monumentos de la íntima devoción que profesaba el Papa á la Reina de los Cielos. Santa María del Pópulo es una basílica de tres naves, ceñidas de una corona de capillas y con una cúpula octogonal, sostenida por un tambor completo, que fué la primera de este género en Roma. La fachada, dividida en tres portales, es una buena obra de puro estilo del Renacimiento, cosa que no puede decirse de los demás

(1) Sigismondo de' Conti I, 204. Cf. arriba p. 246-247.

(2) Cf. Burriel, *Cat. Sforza* I, 31.

(3) Müntz III, 111, 139, 147. Schmarsow 229. Steinmann 11 s., 64, 68. Sobre el Tabernáculo de la Confesión levantado probablemente en 1475 cf. *Jahrb. der preuss. Kunstsammlungen* VIII, 12 s.

(4) Arriba p. 247 s. Sobre los trabajos de restauración en la Iglesia Lateranense, cf., junto con Müntz III, 159, á Mariotti, *Il Laterano e l'ordine francescano*, Roma 1893.

edificios de aquel tiempo, construídos en general, muy precipitadamente (1).

Santa María del Pópulo era la iglesia favorita, así del Papa como de los Róvere en general; y los brillantes y esplendorosos monumentos de aquella familia, protectora de las artes, le comunican una importancia casi singular (2). Sixto IV la visitó, mientras pudo, todos los sábados, y solemnizó allí los más importantes acontecimientos de su reinado. No sólo los nepotes pontificios, sino también algunos cardenales ricos, anduvieron á porfía en el ornato de aquel templo (3), que se puede considerar como la propia iglesia de familia y enterramiento de los Róvere.

El ejemplo del Papa fué seguido por los cardenales, y principalmente sus nepotes desplegaron una actividad asombrosa. Todos los príncipes amantes de las artes, en la Roma de entonces, fueron sobrepujados por el cardenal Juliano della Róvere, cuya actividad dejaba ya presentir en él al futuro Julio II. «Casi todas sus iglesias y monasterios, dice Jacobo de Volterra hablando de este cardenal, que poseía tan numerosas prebendas, los edificó de nuevo ó los restauró. En su iglesia titular de San Pedro ad Vincula, continuó los trabajos de su tío, y en los Santos Apóstoles los de su sobrino Pedro Riario. Al paso que en la última iglesia mencionada hizo adornar el nuevo coro por el genial Melozzo; proveyó, en unión con Sixto IV, el altar mayor de su iglesia titular, de aquellas puertas de bronce artificiosamente labradas, que todavía en la actualidad encierran las cadenas de San Pedro (4). En el vestíbulo de los Santos Apóstoles hizo colocar Ju-

(1) Schmarsow 113-114; cf. págs. 35, 115, 117. Reumont III, 1, 408, Forcella I, 319 s. Frantz 167. Papencordt 521. Steinmann, 25, donde se indican los autores que tratan especialmente de esta materia. «Los edificios de la época de Sixto IV, como juzga Springer, Rafael 103, manifiestan cierto miedo de las formas poderosas y grandes dimensiones; pero poseen la ventaja, de ofrecer mucho lugar para los adornos de la escultura y la pintura.»

(2) Una monografía sobre esta Iglesia sería una obra muy digna de agradecerse, porque aun el recentísimo trabajo relativo á dicha Iglesia, de R. Colantuoni (*La chiesa di S. Maria del Popolo*, Roma 1899) no satisface.

(3) Así el cardenal R. Borja hizo construir por Andrés Bregno la pieza de mármol añadida á la parte superior del altar mayor de Sta. María del Popolo (hoy en la sacristía de esta Iglesia), v. *Jahrb. der preusz. Kunstsammlungen* IV, 22 y Steinmann 67.

(4) Cf. Müntz, *Anc. Basiliq.* 21 s. y Steinmann 34 s., 64. Vasari ha atribuído igualmente á Pontelli la transformación de la Iglesia de los SS. Apóstoles; pero tampoco aquí se puede ver la mano de este artista. Müntz sospecha que

liano un águila marmórea del Foro de Trajano, manifestando de esta suerte su solicitud por la conservación de los monumentos antiguos. Fuera de esto restauró aquel cardenal aficionado á edificar, el vestíbulo de Santa Inés y el palacio pontificio de Aviñón (1).

En los alrededores de Roma, los castillos de Grottaferrata y Ostia son un duradero monumento del genio de aquel enérgico cardenal. Grottaferrata, único monasterio de Basilios en Europa, después de la muerte de Bessarión había sido concedido en encomienda á Juliano, quien luego comenzó á edificar allí. Conociendo claramente la importancia estratégica del sitio, y aprovechando hábilmente las ventajas de su posición natural, construyó allí un cinturón de fortalezas, dentro del cual estaba situado el monasterio. Las torres y los muros almenados, los fosos y los puentes levadizos, dieron desde entonces á la abadía (que también sufrió una transformación interiormente), no ya el aspecto de tranquilo lugar de refugio para piadosos monjes, sino el de fuerte castillo de un belicoso señor feudal, enteramente conforme con el carácter enérgico del cardenal Róvere, cuyo nombre se lee todavía en las puertas. El que ha visitado los montes Albanos, recordará con placer el incomparablemente pintoresco grupo de edificios, al pie de la verde colina tusculana, en un llano sombreado por seculares olmos y plátanos (2).

Un carácter totalmente parecido ofrece el castillo de Ostia, fortaleza maciza y con todo eso elegante, que es todavía en la actualidad, á pesar de sus ruinas, la más imponente construcción militar del Quattrocento, en las cercanías de Roma. Sólo el país es enteramente distinto: allí frondosos campos y fértiles colinas, y aquí un país bajo, tedioso, silencioso y desierto, formado de cascote y dunas de arena, por entre las que corre hacia el mar la amarilla corriente. El burgo, que fué en otro tiempo modelo de fortalezas, ofrece un aspecto extraordinariamente pintoresco. Tiene la forma de un triángulo, en cuyo vértice norte se levanta una poderosa torre circular, desde cuya altura, coronada de alme-

el arquitecto de esta Iglesia fué Giovannino de' Dolci; Janitschek en el *Reperitorium* IV, 214 cree que lo fué Giacomo da Pietrasanta, á juzgar por el estilo que en él domina.

(1) Forcella II, 228; X, 350. Müntz, *Histor. de l'Art* I, 100.

(2) Reumont III, 1, 409 y además Schmarsow 19 y 118 como también los *Monatsheste* 1891, 387. Cf. también Rocchi 103 ss.

nas, se disfruta una hermosa perspectiva sobre la desembocadura del Tíber y los pinares de Castel Fusano. En los otros dos ángulos se levantan torres menores, y los muros tienen debajo sus almenas grandes ménsulas que forman su cornisa. Una larga inscripción, en su soberbia torre principal, dice como sigue: «Juliano della Róvere, cardenal-obispo de Ostia, erigió este castillo para refugio de los peligros del mar, protección de la Campaña romana, fortificación de Ostia y seguridad de la desembocadura del Tíber; habiéndolo comenzado reinando el Papa Sixto IV, su tío, y llevándolo al cabo á su costa bajo Inocencio VIII, con la restitución de los fosos de agua que había cegado el río, en el año de nuestra salud de 1486, el 2115 después de la fundación de Ostia, y 2129 después de Anco, fundador de la ciudad.» El arquitecto del castillo de Ostia no fué, según hasta ahora se había supuesto, el famoso Juliano Giambert, llamado da San Gallo (1), sino, como lo demuestra una inscripción recientemente descubierta, el florentino Baccio Pontelli (2).

Antes que el cardenal Juliano, había ya el rico Estouteville provisto de muros, calles y casas, su arruinada sede episcopal de Ostia (3). En Roma, Estouteville, que en 1477 había sido nombrado Camarlengo en lugar de Orsini, empezó en 1479 la reconstrucción de la iglesia de S. Agostino, la cual se terminó cuatro años más tarde (4). También otras iglesias de Roma, principalmente Santa María la Mayor y San Luis de los Franceses, deben mucho á aquel gran señor (5).

(1) Sobre Ostia trató excelentemente Guglielmotti, en su obra, *Della rocca d' Ostia etc.*, Roma 1862. Cf. además Guglielmotti, *Fortificaz.* 58; Reumont III, 1, 410 s., 519; v. Brunner en las *Histor.-pol.* Bl. LXXXII, 625 s.; Steinmann 617. Sobre la grandiosa construcción ejecutada en Bolonia por orden del cardenal Julián, v. *Atti dell' Emilia II*, 194 s. y Springer, *Rafael* 104.

(2) Cf. *Arch. d. Soc. Rom.* XX, 84 s.; E. Rocchi en *Arte I*, 27-31.

(3) Cf. *Anecdot. Veneta*, ed. Contarini 267; Armellini 145.

(4) Schmarsow 145. Cf. Müntz III, 41; Janitschek, *Repert.* IV, 76; Armellini 107; Forcella V, 18. Sobre la traslación del mercado de la plaza del Capitolio á la plaza Navona, ordenada por el cardenal Estouteville, v. *Cancellieri, Il Mercato* (1811) 16.

(5) *Angelis, Basilicae S. Mariae Maioris descriptio* 137 ss. Barbier de Montault, *Le card. Estouteville bienfaiteur des églises de Rome*, Angers 1859, y *Inventaires des établ. nationaux de S. Louis des Français et de S. Sauveur in Thermis à Rome*, Arras 1861, así como Müntz III, 285 s. Sobre las pinturas que hizo Benozzo Gozzoli en 1483 para Estouteville en S. María la Mayor, v. Steinmann 111 s. Sobre Estouteville cf. también Barbier I, 5 ss.

Ya hemos hablado antes de las construcciones del cardenal Doménico della Róvere (1). Jerónimo Basso della Róvere acabó la iglesia de Loreto, término de muchas peregrinaciones, é hizo que Melozzo da Forli pintara la Capella del Tesoro. Estas pinturas, que se han conservado con casi inalterable frescura, son una creación enteramente original y de mucho efecto (2). El magnífico palacio que se construyó Jerónimo Riario en las cercanías de S. Agostino (hoy Palazzo Altemps) ha perdido, por el contrario, todo su primitivo carácter (3). También el castillo de caza de la Magliana, en la carretera de Ostia, procede de Jerónimo Riario (4).

Nos llevaría demasiado lejos la pretensión de entrar aquí en más menudas particularidades; pero quede asentado que los parientes de Sixto IV fueron otros tantos Mecenas de las Artes; y las armas de los Riario, Róvere y Basso, manifiestan, en construcciones monumentales de todas clases, su brillante actividad artística. Estimulados con el ejemplo del Papa y de sus nepotes, otros muchos miembros del Sacro Colegio favorecieron asimismo las Artes y á los artistas. Al lado de la ya memorada acción del rico cardenal Estouteville, hay que mencionar aquí en primer lugar, la del no menos acaudalado cardenal Rodrigo de Borja, el cual se construyó un magnífico palacio entre el puente de Sant-Ángelo y el Campo de' Fiori. El cardenal Marcos Barbo llevó á término la gigantesca construcción del palacio de San Marcos (di Venezia), adornó la iglesia de San Marcos con un altar muy rico en esculturas, é hizo construir á su difunto tío, el papa Paulo II, el grandioso monumento sepulcral de que ya hablamos arriba (5). El cardenal Gabriel Rangoni, de la Orden de los Minoritas, hizo restaurar desde los fundamentos su iglesia titular de San Sergio y Bacco, y construyó en la iglesia de Araceli una espléndida capilla á su hermano de hábito San Buenaventura, poco antes canonizado. También el monasterio de Araceli y la iglesia de Chiari, donde

(1) V. arriba p. 393 s.

(2) Descrietas con todos sus pormenores por Schmarsow 124 ss. Cf. también *Arch. stor. dell' Arte I*, 417 s.

(3) Cf. Gnoli, *La cancellaria ed altri palazzi di Roma*, Roma 1892, 6-7.

(4) Cf. Gnoli en *N. Antologia* 1893, 433 s. y *Arch. d. Soc. Rom.* XXII, 480.

(5) Cf. arriba p. 174 s. El tabernáculo de S. Marcos (ahora se halla en la sacristía de esta Iglesia hecho pedazos) es también obra común de Mino da Fiesole y Giovanni Dálmata, v. Steinmann, *Rom* 28 s., y Gnoli en el *Arch. stor. dell' Arte III*, 258.

había nacido Rangoni, tuvieron que agradecer á aquel excelente cardenal importantes embellecimientos (1). Fueron, finalmente, grandes construcciones, los palacios de los cardenales Piccolomini y Nardini; el palacio de este último, actualmente muy deteriorado (Palazzo del Governo vecchio), se comenzó en 1475, y es el último de los palacios de Roma, que conserva todavía algo del carácter de castillo medioeval (2).

Más todavía que los palacios é iglesias que edificaron los cardenales de Sixto IV, y que, en su mayor parte, se han desfigurado completamente con reconstrucciones posteriores, se ha conservado viva la memoria de ellos por sus magníficos sepulcros de mármol. Bajo el gobierno del Papa Róvere alcanzó su más alto grado de esplendor la escultura del primitivo Renacimiento romano, y llegó á ser costumbre general en Roma, honrar á los príncipes de la Iglesia difuntos con espléndidos mausoleos.

El dechado de la escultura sepulcral del Quattrocento en la Ciudad eterna, fué el monumento de Eugenio IV, ejecutado por Isaías da Pisa. Por muy diversas que sean por otra parte las inscripciones clásicas y las testas llenas de expresión de los finados, el tipo del monumento es casi en todas partes el mismo. Son sepulcros de hornacina adosados á la pared, cuya disposición arquitectónica ostenta las puras formas del noble Renacimiento primitivo. En la hornacina descansa el difunto, como dormido, vestido con todos sus ornamentos eclesiásticos, sobre un alto sarcófago ricamente adornado; á derecha é izquierda hay, unas veces pilastras elegantemente adornadas con hojarasca, flores y guirnaldas; y otras veces estatuas de Santos en pequeños nichos; la parte superior se termina en un entablamento plano, ó en un medio punto. En el espacio libre, entre el arquitrabe y la figura sepulcral, se ve casi regularmente un relieve de la Santísima Virgen, poderosa intercesora en la hora de la muerte, y á cada uno de sus lados la figura de un hermoso ángel ó de un santo. En el zócalo, rodeado de fúnebres emblemas ó escudos de armas, se leen las solemnes, y con frecuencia vanagloriosas inscripciones sepulcrales, que indican el

(1) Cf. Battagia, G. Rangoni 21, 25 s.

(2) Müntz, Hist. de l'Art I, 101. Gregorovius VII³, 638. Cf. Forcella XIII, 171; Steinmann 37 s.; cf. allí mismo 77 s. sobre la Capilla Nardini en S. María in Trastevere, pintada por Melozzo da Forlì. En los Atti dell' Emilia II, 188, hay una inscripción sobre una restauración llevada al cabo en Bolonia por el cardenal Gonzaga.

origen, hazañas y merecimientos del finado; á lo cual se agrega con frecuencia una máxima de profundo sentido, esculpida en el sarcófago. El nombre del Papa, bajo el cual alcanzó el finado la dignidad cardenalicia, está las más de las veces distinguido con letras especiales.

De esta clase son los sepulcros de Cristóbal della Róvere y de Jorge Costa, en Santa María del Pópolo (la cual iglesia contiene generalmente el más perfecto dechado de la escultura sepulcral del Quattrocento en Roma); los sepulcros de Pedro Riario en los Santos Apóstoles, de Forteguerra en Santa Cecilia, y de Auxias de Podio en Santa Sabina. En el mausoleo del cardenal Roverella, en San Clemente, el sarcófago está colocado en un nicho semicircular en forma de ábside; encima de la Madonna, á quien el Príncipe de los Apóstoles presenta al cardenal arrodillado, se ve á Dios Padre rodeado de ángeles. Este modelo sólo se empleó, según todas apariencias, en los sepulcros de miembros del Sacro Colegio; sin que se hallen otras excepciones que las hechas en favor del influyente Pedro Rocca, arzobispo de Salerno (m. 1482), cuyo hermoso sepulcro adorna actualmente la sacristía de Santa María del Pópolo; y del Tesorero mayor de Sixto IV, Miliaduca Cicada, que descansa en San Juan de los Genoveses en el Trastévere.

Es sorprendente que ninguno de los principales mausoleos salió de manos de un solo artista. Los cuatro principales maestros: Mino da Fiésole, los lombardos Andrés Bregno y Luis Capponi, y finalmente, Juan von Trau, natural de Dalmacia y llamado ordinariamente Dálmata, trabajaron por lo común de consuno, lo cual no fué ciertamente beneficioso para la unidad de la creación artística. Mino, que estuvo empleado en Roma casi durante todo el reinado de Sixto IV (1471 á 1481), ejecutó las graciosas Vírgenes; Bregno los ángeles y Santos, al cual parece seguir las más de las veces Capponi, al paso que Juan Dálmata (empleado en Roma desde 1460 hasta 1480), cuyas obras son fáciles de distinguir por lo movido y complicado de sus pliegues y por la energía de su alto relieve, superó á ambos y á veces también á Mino. Bregno (desde 1464 á 1481) fué el que tuvo más ocupación en Roma, y sus nobles testas indican un profundo estudio de la Antigüedad, mientras que la amabilidad de sus ángeles es insuperable (1).

(1) Cf. Steinmann, Rom 54 s. y Sixtinische Kapelle 32 s., 45 ss., 61 s.; Burckhardt, Cicerone³ II, 455 s., 469 s. V. también Bode, Ital. Plastik 145 s.; Gnoli,

También tuvo Sixto IV una solicitud digna de agradecerse, por la restauración de los puentes, muros, puertas, torres y demás edificios públicos de la Ciudad (1). En el Capitolio estos trabajos se relacionaron con la apertura de un Museo de antigüedades, primera colección pública de este género en Italia, y generalmente en Europa (2). En medio de la fachada del palacio construido por Nicolao V para los conservadores (Consejeros de la Ciudad), en el lado derecho de la plaza del Capitolio, hizo Sixto IV colocar la propia insignia de Roma: la figura de bronce de la loba, que hasta entonces había estado cerca de Letrán. La liberalidad del Papa enriqueció todavía el Capitolio con otra obra de bronce: bajo el arco del piso inferior de aquel palacio, se veía una testa gigantesca y junto á ella un globo terrestre, pertenecientes ambos á la estatua de un Emperador (3). Un hombre práctico como era Sixto, hizo el Museo de antigüedades más popular de lo que lo había hecho su fundador Paulo II, abriéndolo á la entrada del público. Al lado de las bibliotecas se fundaban entonces los museos, que en cierto modo constituyen el complemento de aquéllas. Pero como, en general, los hombres grandes reúnen frecuentemente en sí mismos grandes contradicciones, Sixto IV, al mismo tiempo que habría el museo capitolino, dispersaba algunos de los preciosos tesoros del palacio de San Marcos. Por semejante manera restauró la estatua ecuestre de Marco Aurelio, y destruyó al propio tiempo antiguos templos, arcos de triunfo y monumentos sepulcrales (4). Pero por muy grandes que hayan

Le opere di Mino da Fiesole in Roma en Arch. stor. dell' Arte II y III, y Tschudi, G. Dalmata en Jahrb. der preusz. Kunstsammlungen IV (1883) 169 s.; XX (1899) 216 s.; Steinmann, A. Bregnos Tätigkeit in Rom; ibid. XXII (1901), 224 ss. Fabriczy sobre Giov. Dalmata.

(1) Müntz III, 188 s. Forcella XIII, 13.

(2) Müntz III, 168 s. y Le musée du Capitole, París 1882. V. también Marcellino da Civezza III, 91. El palacio de los senadores antes de la restauración de Sixto IV se ve en el plano de Roma del Cod. Paris. lat. 4702 y Vat. Urb. 277 (de Rossi, Pianta tav. III). En el plano de Aless. Strozzi de 1472 (de Rossi, loc. cit.) se ve el edificio restaurado por Sixto IV. Cf. Tomassetti en Roma Antologia 1880, Nr 32.

(3) Cf. Stevenson en los Annal. dell' Istituto 1877, 366, y Hülsen, Bilder aus der Gesch. d. Kapitols, Rom 1899, 11 s.

(4) Cf. Müntz III, 15; Bull. arch. com. 1877, 184 s.; Lanciani, Destruction 209 s. Sobre el descubrimiento del Ara maxima en tiempo de Sixto IV, v. Annal. dell' Istituto Archeol. 1854, 28 s. En 1474, Sixto IV publicó una Bula especial para la conservación de las antiguas basílicas; v. Müntz Anc. Basil. 8.

sido las faltas cometidas por este Papa contra los monumentos antiguos, mucho mayores fueron los méritos que alcanzó en el embellecimiento artístico de Roma, la cual recibió un aspecto enteramente nuevo. Para estimular las construcciones en la Ciudad y aumentar el número de sus habitantes, había concedido Sixto IV, ya en 1475, el derecho de propiedad, á todos aquellos que hicieran edificar casas en los distritos de Roma (1).

Una de las empresas más beneficiosas y humanitarias del Papa fué la reconstrucción del hospital de S. Spirito. Este establecimiento, fundado por Inocencio III en el antiquísimo barrio de los sajones, había venido á una miserable ruina (2). Sixto IV resolvió restituirle la vida, siendo la compasión hacia los niños abandonados por la crueldad de sus propias madres, lo que movió á este Papa (á quien sus enemigos han querido pintar como un cruel Nerón), á interesarse, aquí como en otras partes, por los enfermos y los abandonados (3). Como Sixto, según se refiere, viera en sus repetidas visitas á aquella casa caediza, los juegos de los tiernos niños expósitos, conmovióse su corazón y se resolvió á hacerla edificar de nuevo desde los fundamentos y dotarla con los más abundantes recursos. «Luego que hubo designado los mejores arquitectos y contratado numerosos operarios, se pusieron manos á la obra. Sixto ensanchó todavía más el plan primitivo y señaló un dote para las niñas que llegaban á la edad núbil, con el fin de que no se las expusiera sin recursos á las seducciones del mundo» (4). Sin duda, en atención al año jubilar, se

(1) Theiner, Cod. III, 480-481. Cf. Marcellino da Civezza II, 725.

(2) «... Verum hoc quum longa vetustas
Demolita foret, vix relliquiae ut remanerent,
Sixtus id instaurat novaque omnia sumptibus illic
Efficit immensis.»

se lee en el poema citado en la pág. 188, n. 1, que se halla en el Cod. 2.043, f. 12 de la *Bibl. del palacio de Viena*.

(3) Sobre la ayuda que prestó Sixto IV á otro hospital romano, v. Pericoli, L'ospedale di S. Maria della Consolazione di Roma, Roma 1879, 31 y 119. Cf. también Sixtus IV, Papa. Literae indulgentiarum pro ampliando Hospitale sti. Spiritus oppidi Memmingensis, August. dioecesis, ord. S. Augustini. [In fine:] Romae apud S. Petrum anno incarnat. dominicae 1478, XVIII kl. Februarii, pontificatus nostri anno VIII. S. l. ni d. f. de 66 ll. gr. Folio. V. L. Rosenthal, Kat. XLII, Nr. 710.

(4) Platina, Sixtus IV, 1064. Sigismondo de' Conti I, 205. Ph. de Lignamine 1314. Bull. 226. Frantz. 165. Como el hospital del Espíritu Santo estaba construído junto al Tíber, así también la mayor parte de los hospitales alemanes del